SIEMPRE TRIUNFA LA INOCENCIA.

COMEDIA NUEVA EN TRES ACTOS.

ESCRITA POR D. F. T. R.

Representada por la Compañia de Manuel Martinez en el año de 1792.

PERSONAS.	ACTORES.
Diego de Avila, Capitan del Tercio viejo de Flandes	Sr. Antonio Robles.
Alexandro Farnese, Gobernador de los Paises Baxos por Felipe II	Sr. Joseph Huerta.
Guillermo Truches, Coronel extrangero	Sr. Tomas Ramos.
Diego Mondragon, Maestre de Campo en dicho Tercio	Sr. Francisco Garcilaso.
Juan del Aguila, en el mismo	Sr. Francisco Ramos.
Francisco de Aibar, Sargento	Sr. Vicente Garcia.
Federico Cloet, Gobernador de Novesia	Sr. Vicente Sanchez.
Peuchner, Capitan	Sr. Joseph Cortés.
Un Soldado	Sr. Vicente Romero.
Margarita, Dama	Sra. Maria del Rosario.
Hombres, Mugeres y Niños de ambos sexos.	

ACTO PRIMERO.

Selva larga con vista de Ciudad y muro: caxa y clarin: salen los Españoles tambor batiente y banderas tendidas delante de Alexandro Farnese, Príncipe de Parma.

Alex. Valerosas Naciones,
partícipes de todos mis blasones,
cuyo militar arte (te,
de ambos orbes terror, pasmo de Mar-
esparce por la bélica campaña (ña,
el nombre augusto del Leon de Espa-
ved la antigua Novesia, peregrina
Ciudad de la Colonia, de Agripina
perteneciente, unida con su Estado
de Baviera al ilustre Electorado.
La usurpó Adolfo, Conde (ponde,
de Meurs, y hoy á Alemania corres-
el depuesto Elector ha recurrido
á las armas de España,
y el excelso Felipe complacido
fia en nosotros la gloriosa hazaña
de vengar su ignominia y abandono
cobrando al Elector su antiguo trono,
porque del desvalido jamas dexa
su ínclito corazon de oir la queja,
y porque siendo esta Ciudad hoy dia
el centro de la pérfida heregia
teme que su contagio ponzoñoso,
por quanto mas vecino mas dañoso,
vuelva á infestar la Flandes,
en quien á fuerza de fatigas grandes
el Católico bando
la ceguedad confusa va extirpando;
y pues vencido el que la sirve foso
del Rhin soberbio, el Ersta bullicioso

hace efecto notable
en las murallas con tenaz porfia
el fuego de una y otra bateria,
temple su ira implacable
mientras de mi piedad estimulado
le intimo á Federico nuevamente
la entrega ó la ruina; si prudente
elige lo primero, habré logrado
sin efusion de sangre la victoria,
que esta es de un vencedor la mayor gloria;
pero si á la razon su oido cierra
sufrirá toda la ira de la guerra.

Mond. Vive Christo, Señor, que es demasia
gastar con los hereges cortesia;
ved quanta fue la suya:
D. Juan Chacon pasó con orden tuya
á reconocer la Isla, y sorprendido
por número mayor con cien Soldados,
despues de haber cumplido
sus deberes heroycos y esforzados,
menos los que murieron,
á la infiel Plaza conducidos fueron,
donde con alborozo de la plebe,
que á humanos sentimientos no se mueve,
de una hoguera en las llamas fulminantes
rindieron sus espíritus constantes.

Aguil. Federico Cloet no es tan prudente
como altivo, colérico y valiente,
de donde en vano espero
le venza la razon, sino el acero.

Alex. Vuestra opinion no arguyo,
Maestres de Campo, mas si el furor suyo
no se rinde á partido,
¿qué se pierde en haberlo pretendido?
Entonces honestada
ya la razon decidirá la espada,
que mayores empresas facilitan,
como tantas victorias acreditan,
un Diego Mondragon, honor y espejo
del nombrado por gloria Tercio viejo,
un valiente Francisco Bobadilla,
un fuerte Juan del Aguila, en quien brilla
el militar espíritu y el arte,
un gran Marques del Basto, horror de Marte,
sin contar otros ínclitos guerreros,
lo mismo naturales que extrangeros,
con quienes no hay obstáculo que estorbe
rendir, no ya la Plaza, todo el orbe.

Truch. No es mucho, no, si nuestros pechos arma
la imitacion de un Príncipe de Parma,
Alexandro Farnese,
cuya justa alabanza jamas cese,
asunto de los bronces peregino,
modelo de los héroes, y sobrino
de un Felipe Segundo,
dueño de Flandes, árbitro del mundo.

Alex. Tocad, y enarbolad una bandera.

Clarin y bandera.

Mend. La expresion lisonjera
del Flamenco desprecia noblemente.

Aguil. Su nombre á su alabanza es suficiente.

Salen al muro Federico Cloet y Soldados.

Feder. Alexandro Farnese, á la llamada
respondo por costumbre inveterada,
no porque á pactos reducirme espere;
ó morir ó triunfar Novesia quiere.

Alex. ¿Eres tú Federico
Cloet?

Feder. No sé quien soy: mi nombre explico
en idioma de fuego.

Alex. Ese despecho iniquamente ciego
castigará valiente mi osadia
si la Ciudad no entregas en el dia
á su señor legítimo.

Feder. Esta Plaza,
que vuestras presunciones embaraza,
al trono de Alemania corresponde;
la conquistó para su Cetro el Conde
de Meurs, sin que á Cloet le previniese
que al antojo de España la rindiese.

Alex. El Conde la ganó por interpresa,
usurpándola injusto al propio dueño,
y España en recobrarla se interesa.

Feder. Si las armas de España hacen empeño,
no dudamos que logren la victoria,
mas ha de eternizarse tal memoria
con las letras que en mármoles escriba
el estrago, el horror, la sangre viva.

Alex. Sí hará; pero vosotros reducidos
pudierais pretender justos partidos

de

de mi corazon recto.

Feder. Á tal propuesta, (puesta.
si respuesta esperais, no hay mas res-

Disparan desde el muro una descarga de fusilería, y se entran.

Mond. Señor...

Aguil. Señor...

Mond. ¿ Estais herido?

Alex. Nada; (rada
mirad aquel Soldado en quien la ay-
furia del plomo executó la herida.

Ag. Segun observo exîste en mejor vida.

Alex. Mucho en tal caso siento
no poder dividir mi propio aliento
porque su corazon vivificase. (clase

Mond. Y yo siento que injuria de tal
tolere un Alexandro. ¡Vive el cielo!
¡Que no brote peñascos este suelo,
sobre cuya eminencia
subiese á castigar una violencia
tan pérfida é infame me!
sin que á la espada en mi socorro lla-
porque para enemigos insolentes
son bastantes las manos y los dientes.

Al. Sí, Mondragon, de vuestro aliento fio
empresas superiores; pero el brio
de ese ebrio delirante (*) (te.
no se ostentará siempre tan constan-
Prevenid el asalto, que mañana,
quando la aurora ufana
llore de gozo al ver el Sol naciente,
llorará por su ruina inutilmente
esta Ciudad rebelde y fementida,
donde no ha de quedar aleve vida
segura de la llama y el acero,
quando á su impulso fiero
para vengar traicion, afrenta y dolo
cada piedra construya un mauseolo. *v.*

Mond. Eso sí, y entretanto que la saña
sacia su sed decid que viva España.

Vanse con caxa y clarin.

Acampamento de los Españoles con selva corta; salen el Coronel Diego Avila, el Sargento Francisco Aibar y Madama Margarita.

Avil. Desde hoy le deberá Marte
todos sus triunfos á Venus
si á inspirar vienen tus ojos
los militares alientos:
has llegado el mismo dia
en que el asalto dispuesto
ya no esperan nuestras armas
sino el último precepto,
y me es sensible, porque
con la ternura del sexô
femenil jamas se adaptan
las imágenes del riesgo.

Marg. No hay riesgos que le amedrenten
al amor si es verdadero;
¿quánto mas asegurada
estará mi vida de ellos
con las armas Españolas
y entre los brazos de un dueño
querido, cuyo valor
fue el estímulo primero
que para adorarle fina
graduó mis nobles afectos,
que en la Quinta junto á Gueldres
donde mientras el bloqueo
de Novesia me dexaste?
porque el enemigo fiero
á continuas correrias
tala sus campos amenos,
sin perdonar sus rigores,
vida, calidad, ni sexô;
demas que ofende mi lustre
el que duda de mi esfuerzo.
Nacida entre los horrores
marciales, no me estremezco
á los estragos del plomo
ni al estrépito del fuego.

Aib. No es malo eso por mi vida,
porque nosotros nos vemos
cerca de las avanzadas,
y de momento á momento
sueltan unos paxarillos
por el ayre los perversos
sitiados, que á las orejas
no hacen muy grato gorgeo.

Avil. Vé aquí, el Sargento Francisco
de Aibar, de mi mismo Tercio,
quiere postrarse á tus plantas:
es mi amigo muy estrecho,
y su espíritu y valor

res-

(*) Se escribe que Federico Cloet usaba los licores espirituosos con exceso.

respetado entre los nuestros.
Aib. Mi Capitan me honra mas,
señora, que yo merezco,
pero en fin tal como fuere
siempre soy criado vuestro.
Marg. La expresion estimo, y el
desembarázo celebro.
Aib. Señora, los Españoles,
y mas los del Tercio viejo
de Flandes, pocas palabras,
pero siempre el pecho abierto
para los amigos. Diga
mi Capitan si yo miento.
Avil. Aibar, no todos poseen
un corazon como el vuestro,
sencillo, valiente y noble,
qualidades que me hicieron
apreciarle y distinguirle;
bien que el grado es tan diverso,
porque la suerte tal vez
no apoya al merecimiento;
pero dexando esto aparte,
id á buscar á Guillermo
Truches.
Aib. Hago un sacrificio,
mas es fuerza obedeceros.
Marg. Desdichas, Guillermo Truches *ap.*
está en este Acampamento.
Avil. Vos le aborreceis, y yo
ignoro la causa.
Aib. Eso
facil está de inferir;
hoy es del partido nuestro,
mañana sirve al de Orange,
esotro dia le vemos
animando nuestras huestes,
y á nombre de aventurero;
(bien que ahora ya es Coronel
en los Borgoñones cuerpos)
va donde su conveniencia
le dirige. Ademas de esto
me parece que el tal Truches
reza en arábigo el credo:
ved si un buen Español puede
con estas máulas quererlo.
Avil. Pues yo le estimo, y con todo
de buen Español me precio,
porque quanto de él sospechan
es ilusivo concepto
de aquellos que comunmente
sienten ver á un estrangero
ensalzado.
Aib. No señor;
en este campo hay diversos,
y segun sus procederes
se les guarda aquel respeto
que es debido; pero Truches....
Finalmente lo que siento
es que quien me llame amigo
lo sea suyo. Por cierto
que en el ataque de Amberes
no vino él á defenderos.
Avil. Es verdad, mas no hizo falta
estando allí el valor vuestro,
pues cercado de enemigos,
solo vos...
Aib. Dexemos eso,
que en otra ocasion tambien
en Gueldres hizo lo mesmo
mi Capitan por mi vida.
Señora, nada pondero:
me tenian acosado
los enemigos enmedio
de su turba, yo hecho un tigre,
ya reparando, ya hiriendo
defendia el individuo,
pero faltando el terreno
á mis pies, iba á cortarme
un herejote el pescuezo;
llega como un exâlado
mi Capitan á este tiempo,
y de un tajo le derriba
brazo y espada en el suelo,
á cuyo terror los otros
vergonzosamente huyeron;
con que... pero Truches viene,
agur, que ya nos veremos. *vase.*
Dieg. Id con Dios.
Marg. Tambien quisiera
retirarme, pues me siento
fatigada. No es sino *ap.*
por evitar este encuentro.
Á Dios, y ten entendido
que un yerro de amor, si es yerro
anhelar un pecho amante
la presencia de su dueño,
no es acreedor al castigo
de un nada urbano despego.

Dieg. ¿Y por qué me reconvienes
con tan extraño argumento?

Marg. Porque quando imaginaba
que nuestras almas al vernos
renovasen amorosas
sus recíprocos afectos
me miras con un desden
muy desconocido y nuevo.
Vivo segura, bien mio,
de que no te le merezco,
pero no obstante si gustas
se dispondrá mi regreso,
porque tú vivas tranquilo,
aunque yo sufra muriendo.
Y si agita tus ideas
tal vez otro sentimiento,
comunícale á una esposa
que está en tus ojos leyendo
la razon de sus destinos,
ó favorables ó adversos,
¿y quién como quien te adora
procurará tu consuelo?
pero si á fuer de valiente,
audaz, altivo y guerrero,
entiendes que mis finezas
afeminaran tu aliento,
sabe que de las fatigas
marciales tal vez fue premio
el agrado de una dama,
cuyos favores, muy lejos
de acobardar estimulan;
porque el vencedor soberbio
jamas adornó sus sienes
de mas digno lucimiento
que quando laurel y mirto
su corona entretegieron.
Mas quando yo presumiese
que desmayaba en tu excelso
corazon tu heroyco brio
por dedicarte á mi obsequio,
sabria vivificarle
la imitacion de mi exemplo,
y si no sostituirle
en los militares riesgos,
pues despreciando la vida,
la sangre, el terror, y el miedo,
daré á entender animosa,
que si del amante seno
falta tu fiel corazon
es porque vive en mi pecho. *vase*

Avil. Esposa::: mas Truches viene,
que se detuvo leyendo
no sé qué carta. Despues
satisfaré los rezelos
de Margarita, tan facil
fuese que mi pensamiento
averiguase las dudas
en que se confunden viendo
que Alexandro indiferente
á mi valor y consejo
parece que disgustado
conmigo:::

Sale Truch. Señor Don Diego
de Avila, sé que ha venido
á honrar el acampamento
desde Gueldres vuestra esposa,
y como yo me intereso
en vuestros placeres, quise
ser uno de los primeros
que os diese la enhorabuena.

Dieg. Yo la recibo y la aprecio,
aunque sea inoportuno
su arribo en el fatal tiempo
donde las seguridades
estan cercadas de riesgos;
despues de eso ya sabeis
quanto Alexandro es opuesto
á que en los trances de guerra
haya mugeres por medio,
pues juzga que sus favores
afeminen sus guerreros;
mas me escribió desde Gueldres,
(como os hice manifiesto)
que á todo trance queria
satisfacer los deseos
de verme, y me fue preciso
condescender á sus ruegos.

Truch. Hicisteis bien, que un amor
tan sencillo y verdadero
merece igual recompensa.
¡Desdichas hay mas veneno *ap.*
para un corazon zeloso!

Dieg. Y así mientras á su obsequio
me dedico breve instante
no abandoneis este puesto,
que como el mas avanzado
hácia la Ciudad y menos
defendido, algun espia

pue-

puede salir, y es precepto
de Alexandro, si se encuentra
llevarla á sus pies excelsos
para saber el estado
de la Plaza, pues no siendo
encargo particular,
bien confiárosle puedo,
y aunque lo fuese, porque
sé muy bien que quando dexo
en vos mis obligaciones
no falto á su cumplimiento. *vase.*

Truch. Ya sabeis que he sido siempre
vuestro amigo el mas afecto.
¡Ah, si conocieras bien
los rencores de mi pecho!
Pues ha venido la ingrata
justamente al mismo tiempo
que me previno su esposo,
por cuyo motivo tengo
dispuestas mis precauciones
para robársela, puedo:::
¿Mas no es el Capitan Peuchner
quien baxo el disfraz grosero
de Burgues á mí se acerca?
Peuchner:::

Sale Peuch. Sí, yo soy Guillermo,
que aguardando que os dexasen
solo, he exîstido encubierto
hasta ahora.

Truch. Dadme nuevas
de Federico.

Peuch. Este pliego
os informará de todo.

Truch. Nadie nos observa: leo,
"En vista de vuestro aviso,
"para esta noche he dispuesto
"la salida por la parte
"que me prevenis. Ya tengo
"para la Dama que habeis
"de traer alojamiento
"acomodado. La Plaza
"provista de bastimentos
"de boca y guerra, no teme
"las porfias de un asedio
"dilatado, aunque en el muro
"causa demasiado efecto
"la artilleria contraria;
"pero con el favor vuestro
"confio que he de salir
"ayroso de tanto empeño.
"Federico Cloet.
todo
contribuye á mi deseo;
¿habeis traido la carta
con el sobrescrito á Diego
de Avila, en que ha de escribirle
Federico, suponiendo
su inteligencia en la misma
sorpresa que pretendemos?

Peuch. Vedla aquí.

Truch. Dadme, que yo
la haré servir á su tiempo.

Peuch. Yo no apruebo, sin embargo
de que á la orden me sujeto,
que por la puerta de Neder
se envista el acampamento,
poniendo el éxîto en duda,
pues la cercan con sus tercios
Españoles Bobadilla
y Mondragon, dos guerreros
cuyo nombre inspira el susto
y el terror entre los nuestros;
mas á propósito juzgo
seria haberla dispuesto
por el portillo que cae
sobre el Ersta, destruyendo
los Quarteles Italianos.

Truch. No penetrais mis intentos;
mas pues nadie nos escucha
habré de satisfaceros.
Quejoso de mis hermanos
los Truches, que poseyeron
mucho tiempo estas Colonias,
y hoy las obtienen de nuevo,
pasé á servir en los Reales
Católicos, posponiendo
patria, religion, y honor
á mi vengativo incendio;
desagraviado despues,
ó mas agraviado de estos,
procuro restituirme
á mi religion y suelo
nativo, pero antes debe
sufrir un rasgo ligero
de mi venganza Alexandro
y ese Capitan soberbio
contra quien ha de servirme
la cicuta de este pliego:

de Alexandro, porque siempre
á mis designios opuesto,
ni mis méritos aprecia,
ni confia de mi esfuerzo;
tal que habiendo pretendido
cierta expedicion, empeño
muy propicio á mis ideas,
la confirió en mi desprecio
á Diego de Avila, que este
no es el menor fundamento
de mi rencor en su ofensa.
Tambien casi al mismo tiempo
festegé en Grave á Madama
Margarita; pero siendo
destacado á sosegar
algunos Burgos inquietos,
Diego de Avila en mi ausencia,
sin tener de mis afectos
noticia, la amó rendido,
y la ingrata, no atendiendo
á mi anticipado culto,
ni á que el mismo patrio suelo
nos era comun, cedió
al Español el trofeo;
verificándose en él
la dicha del Extrangero.
Volví, la encontré casada,
remití al mudo silencio
mis rencores, y ostentando
que en las dichas me intereso
de mi usurpador injusto
por disimular los medios
de mi venganza, me juzga
su amigo mas verdadero,
circunstancia que no poco
contribuye á mis intentos,
y le voy con Alexandro
cautamente indisponiendo;
hoy ha llegado á los Reales,
la injusta, el único objeto
de mi pasion y mi enojo;
ha de ser su alojamiento
la tienda de mi enemigo,
que avanzada de su tercio
facilita en la sorpresa
vuestra gloria y mis deseos,
pues entre las confusiones
nocturnas, entre el estruendo
de los furores de Marte,
la robaré á su despecho;
y conducida á la Plaza,
de quien no tan facil creo
la expugnacion, lograré
vencer sus desdenes fieros,
pues conceptuado su esposo
por traidor, segun espero
en virtud de mis ardides,
postrará á un cuchillo el cuello,
suceso que debe hacerme
de su mano árbitro y dueño;
ved el motivo de que haya
por esta parte dispuesto
la meditada sorpresa,
de quien mis dichas espero.

Peuch. Federico mismo quiere
salir en persona á un hecho
tan pausible.

Truch. Pues á Dios,
y ampare la empresa el Cielo. *vase.*

Acampamento de los Españoles, cuyas tiendas y baterias deberán figurarse á la derecha, siendo la tienda que caiga mas hacia el foro la de Diego de Avila, suponiendo la Ciudad á la izquierda: el teatro estará obscuro, y salen por los bastidores de la izquierda todos los Españoles, menos Alexandro.

Aguil. Reconocida la Plaza
y el campo, yace en silencio
todo, y no como otras noches
el enemigo soberbio
incomoda á nuestra gente
con sus incesantes fuegos:
no parece sino que
descansa en el dulce seno
de la paz la que mañana
será teatro sangriento
de la guerra.

Mond. ¿Veis, Don Juan
del Aguila, ese sosiego?
pues no le creo seguro.

Aguil. No ignorarán que ha resuelto
Alexandro su ruina.

Mond. Aun Federico por eso
ahora estará entre los brindis
su equipage disponiendo
para la marcha.

Agui. ¿Pues donde

va Federico?
Mond. Al infierno.
¿Adonde quereis que vayan
los sequaces de Lutero?
Aguil. ¿Diego de Avila?
Avil. Señor.
Aguil. ¿Qué hace Alexandro?
Avil. Leyendo
en su tienda le dexé
ha un corto instante, que el resto
de la noche, despues que hubo
rodeado el acampamento,
y distribuido todas
las órdenes para el nuevo
trance del Griego Alexandro
se le dedica á los hechos.
Aguil. Si á su imitacion aspira
excederá con extremo
la copia al original.
Mond. Infatigable es su aliento.
Vamos á reconocer
lo que falta, y pasaremos
la noche dada á los diablos
para dar el dia á perros.
Aguil. Vamos, señor Capitan *(derecha.*
Diego de Avila. *vans. por la*
Avil. Siguiendo
vuestros pasos voy ¡Oh quanto
de mi Margarita siento
la incomodidad forzosa.
Aib. Ahora ya estará durmiendo
en la tienda segun vino
fatigada.
Avil. No me atrevo
á detener en mirarlo.
Vamos, pues. *vans. por la derecha.*
Aib. Vamos por cierto.
Sale Truch. ¡A quien espera una dicha
quán perezosos y lentos
le parecen los instantes!
Mi enemigo recorriendo
va el campo con los Maestres.
¡Ah desdichado Guillermo
Truches, si hoy no verificas
tus amantes pensamientos!
En mi poder esta ingrata
cederá tal vez... Ya es tiempo;
¿á qué espera Federico?
La impaciencia de mi pecho
es tanta que me propone
un siglo cada momento.
Mas si el deseo no engaña,
ya me parece que veo
Van saliendo de la izquierda Cloet, Peuchner y Soldados con mucho silencio y cautela, y se entran unos por las tiendas y otros por los bastidores.
gente que desde los muros
al Campo se avanza ¡Cielos
proteged nuestras ideas!
sin duda serán los nuestros.
Feder. Vencidas las avanzadas,
y sus centinelas muertos,
hemos llegado á los Reales,
nuestro es el triunfo: Silencio,
Se entran como se ha prevenido.
Truch. Mal haya la obscuridad,
que me impide conocerlos;
pero bien haya mil veces,
pues en ella considero
la seguridad del trance.
Mis gentes son con efecto.
Ea pasion amorosa,
tranquilízate en mi pecho
para que el valor unido
á mi rencoroso incendio
no se afemine en tus brazos
hasta lograr el trofeo:
Tocan una arma muy viva de caxa y clarin, tiros, voces, y se ven arder algunas tiendas.
Voces. Españoles á las armas.
Otros. Mueran todos.
Truch. Ahora es tiempo
de asegurar mi ventura;
corazon no desmayemos.
Entra en la tienda de Avila.
Salen los Españoles retirando á Federico y los suyos por la derecha, y entran todos por la izquierda, y se oyen tiros de cañon.
Españoles. Mueran los traidores.
Otros. Mueran.
Otros. Huyamos. *se entran.*
Sale Truches de la tienda con espada desnuda y Margarita desmayada en los brazos.
Truch. Juzgo que el Cielo
fa-

favorece mis designios,
pues un deliquio grosero
aun el uso de las voces
embaraza á sus alientos.
Mas hay que los nuestros huyen
por todas partes dispersos.
Por ahora será dificil
incorporarme con ellos;
pero en el monte vecino
á la Ciudad, cuyo denso
boscage se oculta al dia,
podré esperar encubierto
la ocasion de que regresen
los Españoles, y luego
entrarse antes que amanezca
en la Plaza. Ingrato objeto
de una pasion mal premiada;
ven donde adquieras un dueño,
si no tan favorecido,
mas amante por lo menos.

Va á entrarse con ella por la izquierda, y sale al encuentro Diego de Avila, y Aibar con espadas desnudas.

Aib. Alto allá. ¿Quién es?
Truch. ¡Oh furias!
matadme.
Avil. ¿Truches qué es esto?
Truch. Esto es que habiendo acudido
á las voces y al estruendo,
al pasar por vuestra tienda
oí los dolientes ecos
de esta Dama, que tal vez
sobrecogió sus alientos
el impensado bullicio:
entro en la tienda, la encuentro
desmayada, y la saqué
por si benéfico el viento
contribuia á su alivio;
vuestra esposa considero
que será, y me doy mil veces
la enhorabuena á mí mesmo
de haberos servido en lance
tan oportuno y estrecho:
recibidla en vuestros brazos;
mas parece que volviendo
va en sí.
Avil. Quién sino vos, Truches:::
Truch. Dexad agradecimientos
vanos, que son insufribles
enrre amigos verdaderos.
Aib. Ve hay la primer cosa buena. *ap.*
que el tal Truches habrá hecho.
Marg. ¡Ay de mí! Donde:::
Avil. Respira,
y disipa tus rezelos.
que en mis brazos::: pero aquí
llegan triunfantes los nuestros.

Salen por la izquierda Alexandro y los Personages Españoles con algunos Soldados que traen un prisionero, y luces con que aclara el teatro.

Mond. Hasta que en sus propios muros
los encerró nuestro acero
no dexó de perseguirlos.
Alex. Extraño su atrevimiento.
Soldado llega. ¿Es posible
que emprendiese tal arresto
Federico, quando aguarda
por instantes el tremendo
fallo de su postrer ruina?
Sold. Juzga su ruina muy léjos,
pues le sirven los avisos
para precaver su riesgo.
Alex. ¿Qué avisos?
Sold. Si vuestra Alteza
me otorga la vida ofrezco
descubrirle la verdad.
Alex. Sí, pero no es ahora tiempo;
custodiadle.
Truch. ¡Si sabrá
mis designios, santos Cielos!
Alex. Truches, á vos que sabreis
mejor su idioma os le entrego.
Exâminadle despacio.
Truch. Mi gloria es obedeceros.
Ve aquí el lance en que la carta
tenga su debido efecto.
Alex. Diego de Avila.
Avil. Señor,
mi esposa y yo á los pies vuestros:::
Alex. ¿Vuestra esposa? No me admiro
de esa suerte de no haberos
visto en el trance.
Avil. Yo sí,
porque si no fuí el primero,
no fuí el último, y extraño
que no me vieseis, mas siendo
puesto en fuga el enemigo,

vi-

vine en alas del deseo
á socorrer á mi esposa
si padeciese algun riesgo.

Alex. Humanidad y deber
lo exîgen. No está mi pecho
exhausto de esos impulsos.
Mas si es vuestra esposa pienso
que pududierais escusaros
la molestia de tenerlos,
pues la Campaña de Marte
no es digno Alcazar de Venus.
vuelve la espalda.

Dieg. Señor:::

Alex. Pero en esta tienda
no hizo estrago alguno el fuego.

Truch. Esa fue mi astucia.

Alex. Y es
arta admiracion habiendo
incendiado el enemigo
otras que estaban mas léjos.
¿De quién es?

Avil. Señor es mia.

Alex. Os trataron con respeto.
Dice que hay inteligencia *ap.*
el Soldado prisionero,
si acaso, Avila pudiese:::
ciertos avisos secretos
de su conducta::: Mas, no,
es español, no lo creo.

Mond. ¿Señor, de qué vuestra Alteza
se ha quedado tan suspenso?

Alex. Maestre de Campo, es preciso
diferir un corto tiempo
las órdenes del asalto,
para que en este intermedio
los estragos se reparen
que de la sorpresa infiero,
y despues saciareis todos
el digno ilustre deseo
de satisfacer la injuria.
Entonces al valor vuestro
todo ha de ser permitido.
La muerte, la sangre, el fuego
derramarán sus horrores
sobre este triste Emisferio,
sin que indemnize la rüina
caracter, edad, ni sexô;
que de este y mayores triunfos
adornar mi gloria espero
con un exército donde
parece que un solo aliento
mueve el impulso de todos,
y donde todos resueltos
sacrifican á la Patria
y al Rey sus heroycos pechos;
donde no hay afeminados
amantes, ni hay encubiertos
traidores. No, no los hay,
mienten informes siniestros;
porque si hubiere traidores,
vive Dios que me avergüenzo
de considerarlo solo,
no encontraria tormento
suficiente á su castigo,
y entre dilubios de fuego,
sepultado el agresor,
bárbaro, enemigo y fiero,
despues que hubiesen las llamas
purificado sus yerros,
sus venenosas cenizas
entregaria á los vientos.
Vamos á ver el estrago
que Federico nos ha hecho. *vase.*

Tod. Viva Alexandro Farnese
á los siglos venideros.

Truch. Ven, Soldado, y nada temas.

Sold. Vamos.

Truch. Cobardes rezelos
calmad, que no desconfio
del logro de mis deseos. *vase.*

Marg. ¿Qué es esto, esposo? ¿con quién
habló Alexandro?

Avil. No puedo
persuadirme que Alexandro
dirigiese á mí su acerbo
disimulado discurso;
(en qué de dudas me anego)
porque Alexandro bien sabe
si en el venturoso tiempo
que gobierna estos Paises
ha habido faccion ni empeño
en que no adquiriese parte
en sus laureles mi esfuerzo.

Marg. Ve aquí, esposo, los motivos
de tu oculto sentimiento
que yo juzgué en mi desayre,
sin embargo que no dexo
de padecerle, pues quando

no me le confias creo
no me juzgas suficiente
á poder darte consuelo.
Avil. ¡Ah! No pongas tu cordura
ni mi amor en tal concepto.
Ni en mí hay sentimiento alguno,
ni es capaz de promoverlos
el capricho de los hombres
en mi corazon. Observo
mi deber exâctamente,
y soy insensible al resto
de las preocupaciones;
y así quando fuese cierto
que este héroe mal informado
vibre contra mí su ceño,
nuestro Soberano Augusto
no conquista un orbe nuevo,
porque este en su extension vasta
viene á su poder estrecho.
Pues ínterin no me falten
mi corazon y mi acero,
sobrarán triunfos que lleven
el informe al universo
de que Avila jamas pudo
ser digno de menosprecio.
Marg. Pero en tanto...
Avil. En tanto vivo
en mí propio satisfecho;
mas ya por el orizonte
va anunciando los reflexos
del sol la risueña aurora,
y dan principio á sus fuegos
una y otra batería,
vamos, Margarita, al centro
del campo, donde otra tienda
te asegure de igual riesgo.
Marg. Vamos; y pues el asalto
tan próxîmo considero,
solo, esposo, te suplico
que refrenes tu ardimiento
en el trance, y no el valor
te haga olvidar del consejo,
porque si pierdo tu vida,
¡ay, bien mio! ¿qué no pierdo?
Avil. Respira sin sobresalto,
y no temas, pues si llevo
tu imagen en mi memoria,
tu corazon en mi pecho,
¿qué temerario enemigo
podrá resistir soberbio
á un rayo con dos impulsos,
á un alma con dos alientos?
Marg. ¡Ay quan dulces al oido
son tus amantes requiebros!
Avil. Y quan vano de la ofrenda
quedará un amor sincero
quando admite grato el numen
sus sacrificios honestos.
Marg. ¿Quién pudiera rehusarlos
por nobles y verdaderos?
vamos, dueño mio.
Avil. Vamos;
y entre el horror...
Marg. El estruendo...
Avil. De los estragos del plomo...
Marg. De la amenaza del fuego...
Avil. En nuestras constantes almas...
Marg. En nuestros invictos pechos...
Los 2. Viva el amor, sin que á Marte
le obscurezca los trofeos.

ACTO SEGUNDO.

Selva con una tienda de campaña practicable. Salen por ella Truches y el Soldado.

Truch. Esto has de hacer, no tan solo
porque yo te lo suplíco,
mas porque en su execucion
haces un gran beneficio
á la Religion y patria
que adoro, venero y sirvo,
aunque me encuentras ahora
entre nuestros enemigos.
Yo te llevaré á Alexandro,
y á mas de quanto advertido
he dexado á tu cordura
le dirás que Federico
te encargó que en la salida
te retirases á un sitio
donde debia esperarte
el que nombra el sobrescrito
de esta carta, que en su mano
deberás poner tú mismo,
y no rezeles, que en todo
respondo de tu peligro.
Aguárdame en esa tienda,

pues

pues ya quedas instruido
de mi intencion, y en señal
de quanto á honrarte me obligo,
este de mis recompensas
será el mas pequeño indicio.
Le da un bolsillo.

Sold. Señor, para mi humildad
el mayor premio es serviros. *vas.*

Truch. Si esta ocasion no me hubiese
proporcionado el destino
de manifestar la carta
se la hubiera atribuido
á un cadaver de los muchos
que en el terrible conflicto
anoche quedaron. Fiera,
á pesar de tus devios
habrás de condescender
á mis amantes cariños;
aunque se rinda la Plaza
no es obstáculo preciso
á mis ideas, porque
preso una vez mi enemigo,
y por traidor entregado
á un rigoroso cuchillo,
no hay quien estorbe á mi astucia
conducirla al patrio nido,
y mas hoy, que mis hermanos,
depuestos odios antiguos,
por medianeros ocultos
se congratulan conmigo.
Pero la ingrata se acerca
aquí: valor, necesito
disimular los rencores
que en el corazon reprimo.

Sal. Marg. Sabeis si acaso Don Diego
de Avila.. Pero qué miro...
Vos, Truches...

Truch. ¿De qué os turbais?
¿os pesa de haberme visto?
¿ó es que temeis en mis ojos
las iras del basilisco?
Yo, yo soy Guillermo Truches,
el que os venera rendido
como siempre; pero ahora
con diferente motivo.
¿Temeis las reconvenciones
de un corazon poseido
de los zelos? Es en vano.
Yo no atribuyo el delito
de vuestra mudanza á vos,
sino á mi fatal destino.

Marg. Mudanza seria quando
tal vez yo hubiese admitido
vuestro amor; pero ya os consta...

Truch. Tened, Madama, os suplico,
y evitadme por lo menos
el triste rubor de oirlo,
porque nunca lo quejoso
llegue á desayrar lo fino,
pues sea como gustareis,
yo entré dentro de mí mismo,
y reflexîonando que
no está siempre á nuestro arbitrio
el aborrecer ó amar
disipé mis desvarios
infaustos, sostituyendo
en su lugar los precisos
respetos que se le deben
á la esposa de mi amigo.
Gozad en lazo felice
tan dulce union muchos siglos,
que un alma como la mia
de rencores tan iniquos
no admite la impresion baxa;
de mas, que si lo averiguo
hizo justicia la suerte;
pues quién, señora, mas digno
de poseer tal ventura
que el felice amigo mio:
quedad con Dios; y pues siempre
me dedicaré á serviros,
me encontrareis con freqüencia,
en cuyo caso os repito
que no os turbeis recordando
memorias dignas de olvido,
pues quedo muy satisfecho
por un rasgo de heroismo
aunque yo pierda tal dicha
de que la logre mi amigo.
Poco cuesta el fingimiento
á un corazon como el mio. *vase.*

Marg. ¡Ah, qué alma tan generosa!
¡Jamas hubiera creido
en Truches igual cordura!
Bien hice en no dar aviso
á mi esposo, pues lo ignora
de sus afectos antiguos,
porque en tal declaracion

solo hubiera conseguido
hacer á dos corazones
que hoy une el mutuo cariño,
exponiendo mi decoro,
implacables enemigos.
Pero Diego.

Salen Avila y Aibar.

Avil. ¿Margarita?
¿Cómo sola en el recinto
del acampamento?

Marg. Al ver
que tardabas he salido
de la tienda un breve espacio
á disfrutar el propicio
pais que ofrece á la vista
el orden distributivo
que observan entre sí tantos
portátiles edificios;
y como del campo es este
el menos expuesto sitio,
me quedé en él á esperarte.

Avil. Bien mi amor te ha merecido
ese cuidado, porque
ausente de tí no vivo;
mas la sorpresa de anoche
á todos ha conducido
á recibir orden nuevo
de nuestro General visto
que el del asalto es forzoso
quede por hoy suspendido
para emendar sus resultas.

Marg. Debió de ser excesivo
el estrago.

Aib. Friolera:
rompieron los enemigos
las avanzadas, mataron
centinelas quatro ó cinco,
penetraron nuestros Reales,
y clavaron á su arbitrio
unas quantas piezas; es
de alabar su gran sigilo:
y yo no sé como tienen,
siempre cargados de vino,
tan buen acierto. El demonio
los ayuda á estos malditos.

Avil. Vamos, Sargento, que es fuerza
distribuir los precisos
órdenes, y dexaremos
en su tienda de camino
á Margarita.

Aib. Sí, vamos,
no venga por ahí el tio,
y nos regañe otra vez
si nos halla entretenidos
en plática con Madama.

Marg. ¿Pues qué en todo este distrito
no hay mas mugeres que yo?

Aib. Si hay, porque de continuo
concurren al campo varias
de los lugares vecinos,
puesto que en Flandes la guerra
se ha hecho comun exercicio,
y ya no solo las damas
se divierten con los tiros,
pero al eco del clarin
suelen arrullar los niños;
mas Alexandro rezela
que distraigan sus invictos
guerreros, por eso no es
contra las feas su ahinco,
sino contra las bonitas;
y á mi entender es delirio,
pues en unas y otras hallan
los hombres igual peligro:
yo he visto un hombre de gusto
que vivia embebecido
en los ojos de una tuerta.

Marg. Tenia un gusto exquisito.

Avil. Vamos, que el tiempo insta.

Marg. Vamos.
Al mirar tan distraido
á mi esposo en sus ideas
mal mis temores resisto. *vanse.*

Tienda principal adornada vistosamente de todos los trofeos militares: Alexandro suspenso, y todos los Xefes Españoles á sus lados.

Mend. Señor, ¿cómo vuestra Alteza
transportado y discursivo
á la distraccion se rinde?
¿pudiéramos persuadirnos
que su corazon valiente
desconfiase remiso
por la osadía de anoche
de concluir este sitio
con felicidad?

Alex. Don Diego
Mondragon, es tan distinto,

qu-

que en las rebeldes murallas
me parece que ya miro
tremoladas las banderas
del siempre Augusto Filipo.

Aguil. Mayores dificultades
en menos tiempo ha vencido
vuestro valor. En un dia
las rindió y puso á su arbitrio
Adolfo Conde de Meurs.

Mond. ¿Pero cómo, amigo mio?
Por traicion, que de otra suerte,
aunque arrogante y altivo,
no sé yo cómo el tal Conde
del lance hubiera salido.
En otra edad Carlos Duque
de Borgoña el Atrevido
no las pudo conquistar
con doce meses de sitio:
su guarnicion no es ahora
de menor constancia y brio.

Alex. Pues en término muy breve
soy de parecer, amigos,
que expuesto el pecho á las balas,
sin cautelas ni artificios,
ha de ser su indocil muro
ruina suya, y quartel mio.

Aguil. Pues en tal inteligencia
¿qué es lo que puede afligiros?

Alex. Escuchad, ya que en vosotros
no se aventura el sigilo.
Ni la sorpresa de Amberes,
donde Alanson protegido
del ocio en breves instantes
pretendió triunfos de siglos,
ni el ataque de Rimberg
ferozmente sostenido,
ni sobre el undoso Elgelda
los nadantes edificios
que en ondas de fuego trocaron
sus raudales cristalinos,
ni otras empresas menores,
que por notorias no os cito,
á mi corazon sensible
causaron tanto conflicto
como la torpe sospecha
en que hoy confuso vacilo;
porque allí era nuestra sangre
el precio de aquel peligro,
pero de la infame nota
que á nuestro exército invicto
se le ha de seguir no hay precio
equivalente ni digno.

Mond. ¿Qué sospecha?

Alex. Recatara,
si pudiese, de mí mismo
su vergonzosa noticia;
pero de vosotros fio
tanto como de mí. Ha tiempos
que me repiten avisos
de que en nuestras tropas vive
un traidor desconocido.

Aguil. ¿Un traidor?

Alex. Sí: la desgracia
de anoche y otros indicios
casi disuelven la duda.
El delator no es preciso
nombrarle, que entre nosotros
seria hacerle mal quisto,
y mas siendo un Español
en quien resulta el delito.

Mond. ¿Un Español? Señor, ved
lo que decis, vive Christo.
Un Español; ¿y quién puede
ser ese Español? Decidlo
vereis como sin usar
del afrentoso Ministro
á nuestra Nacion heroica
tan negro lunar la quito.

Aguil. Confuso estoy de escucharos.

Alex. No sé; declara que ha visto
á un cabo Español hablar
con gentes del enemigo,
pero impidió la distancia
el haberle conocido,
ved si....

Salen Truches y el Soldado.

Truch. ¿Gran Señor?

Alex. ¿Y bien,
Truches?

Truch. Habiéndome dicho
vuestra Alteza exâminase
al Soldado fugitivo,
lo puse en práctica; pero
insiste en que sus avisos
son de tanta consequëncia
que no puede descubrirlos
sino á vos, por cuya causa
á vuestros pies le he traido.

Alex. Llega, Soldado, ¿qué tienes
que decirme?
Sold. Señor cifro
toda mi declaracion
en este papel que rindo
á vuestros pies.
Alex. Bien está.
Quiero saber el delito,
y el agresor no quisiera.
Por ahora suspendo abrirlo.
¿En qué estado está la Plaza?
Sold. Puede tolerar un sitio
dilatado, abastecida
de los víveres precisos,
mas las murallas padecen
notable daño.
Alex. ¿Este escrito
cómo habiais de entregarle
habiendo anoche salido
entre nuestros invasores?
Sold. A favor de aquel conflicto
debí llegar á una tienda
que me advirtió Federico
seria indemne del fuego
para seña, y con sigilo
entregarle al que la habita.
Alex. Ya está el traidor conocido: *ap.*
¿saben mis resoluciones
los sitiados?
Sold. Desde el mismo
instante que aquí pusisteis
la planta, hasta hoy se ha sabido
allá quanto imaginais;
y no solo por escrito,
pero tambien de palabra.
Alex. Verificóse el indicio, *ap.*
vete, Soldado, que ya
saber mas no necesito.
Truches, custodiadle.
Truch. Siempre
á obedeceros aspiro.
Llevadle vos.
Alex. Apuremos (*sobre.*
toda la ponzoña. Impío, *mirando el*
traidor... leamos... En fin
llegó el cruel lance. *abriendo.*
Truch. Amigo,
lleva al Soldado á mi tienda: (*Sold.*
tú esperame allí. Has cumplido. *v. el*

Aguil. ¿Qué contendrá aquella carta?
Mond. ¿Quién sabe? Lo que yo admiro
es que al leerla está Alexandro
irritado y conmovido,
que en su espíritu sereno
es demostrar muchos visos
del veneno que contiene.
Alex. Mirad ese sobrescrito.
Mond. Dice aquí: Al Capitan Diego
de Avila. Cuerpo de Christo.
Aguil. Diego de Avila traidor.
Alex. Informaos del resto, amigos.
Mond. »Señor Diego de Avila, esta
»noche saldré con sigilo
»por la parte que dixisteis,
»esperadme prevenido,
»y si á favor de las sombras
»se logran nuestros designios
»dando á Alexandro la muerte::"
Ya no puedo mas conmigo.
Alex. Leed.
Mond. Y quien tendrá paciencia
para sufrir, á un leido,
tal crimen?
Alex. Yo seguiré.
»Como me habeis prometido,
»vendreis á la Plaza, el premio
»pactado será efectivo;
y en mí vuestra esposa y vos
tendreis un seguro amigo.
Federico Cloet.
Mond. Debe
de estar loco Federico.
¿Pues qué el matar á Alexandro
Farnese es juego de niños?
Porque lo ha pensado solo
debieran quemarle vivo.
Alex. No os altereis, y escuchad
de mi corazon tranquilo
las voces; yo estoy seguro
con vosotros, y conmigo,
porque si al leer ese pliego
mi alteracion habeis visto,
no fue un rapto de la ira,
sí un afecto compasivo
de la humanidad, al ver
quan grave y atroz castigo
debe sufrir el traidor
en vista de su delito,

ma

mayormente siendo antes
valiente, leal, y digno
de quantos elogios tienen
sus hechos engrandecidos.
Mond. Por eso extraño que ahora
haya dado en el capricho
de ser un traidor infame
aquel Capitan altivo,
que en repetidas facciones
por nuestros ojos le vimos
intrépido á la fortuna
é incontrastable al peligro
inspirar el susto, siempre
vencedor, jamas vencido.
Truch. Tal nueva me constituye
estatua de marmol frio,
y mucho mas quando soy
de Diego amigo tan fino
qué por él padeceria,
no la nota, si el castigo;
mas por otra parte nada
extraño, pues siempre vimos
que el vulgar quando desciende
de la virtud que ha seguido,
como es corta la eminencia
no es muy profundo el baxío,
mas la caida del héroe
no es descenso, es precipicio.
Mond. Pero el que llegó á pisar
la cumbre del heroismo,
domado el áspero ascenso
siempre se sostiene fixo,
porque en ella vive indemne
de los generales vicios.
Truch. ¿Puede el héroe prescindir
de ser hombre? El hombre adicto
á la mudanza, hoy será
valiente, leal y activo,
y mañana, por acaso,
traidor, cobarde y omiso.
Mond. No caben tales mudanzas
en un hombre bien nacido.
Truch. Mas si cupiesen:::
Mond. No caben,
y basta el que yo lo digo.
Truch. Señor Maestre de Campo
vos defendeis por capricho,
no por razones fundadas,
pues aunque yo no imagino:::
Mond. Seor Truches, los argumentos
que en Flandes tengo aprendidos
se deciden con la espada,
como el Mahometano rito,
en quanto toca al honor;
allá en la Ley de Cavilno,
como sabeis, habrá leyes
que apoyen quanto habeis dicho.
Ese culpado es un noble
Xefe de mi Tercio mismo,
y antes de decidir debe
hacerse exâmen prolixo.
Porque servir hoy á España,
pasar luego al enemigo,
mudar patria, y Religion,
ahora leal, luego indigno,
eso es bueno para un Truches,
no para un Capitan mio.
Truch. ¿Qué decis?
Mond. Lo que sustento. *las espadas.*
Alex. Tened; pues cómo atrevidos...
Truch. Señor...
Mond. Señor, ya sabeis
mi genio.
Alex. Pues reprimidlo,
y mas en lances que exîgen
mas que valentía juicio.
Aguil. ¿Pero qué determinais
sobre este crimen?
Alex. Ahora idos,
que presto sabreis mi órden:
Truches, quedaos vos conmigo.
Aguil. Esto es por cortar el lance
que con él habeis tenido.
Mond. Sea por lo que se fuere,
cortado está, que no es digno
sino de mi baston Truches.
Sin embargo, este delito,
ni le acabo de creer,
ni debo dudarle.
Aguil. Amigo,
el corazon de los hombres
es un abismo de abismos. *vanse.*
Alex. ¿Decid, Guillermo, no habeis
averiguado advertido
nada mas del prisionero?
Truch. ¿Cómo, Señor, sino quiso
ni aun manifestar la carta
sino á vuestra Alteza?

Alex.

Alex. Estimo
su política atencion.
¿Pero vos no me habeis dicho
que un Español en un bosque
á las murallas vecino
trataba con los cercados?
Truch. Sí señor.
Alex. ¿Quién fue? Decidlo.
Truch. Ya os dixe que por el trage
solo habia conocido
la nacion; porque aunque quise
llegar mas cerca, el peligro
me contuvo; y añadí
que me habia parecido
Diego de Avila en el ayre;
pero afirmarlo de fixo:::
Alex. Sí, sí: tened gran cuidado
con el prisionero.
Truch. Visto
su informe, á mí me parece.
Alex. ¿Qué?
Truch. Que es inutil aribtrio
el detener su persona,
pues ya todo se ha sabido.
Alex. No, no; yo soy de dictamen
que el detenerla es preciso:
á vos os lo encargo, vos,
Guillermo, sabreis cumplirlo. *vas.*
Truch. Este precepto destruye
la trama de mis designios,
y es menester variarla:
el Soldado detenido
podrá declarar un dia
la calumnia, quando miro
que no se procederá
tan ciegamente al castigo
de mi ofensa sin oirle,
y confrontados los dichos
de uno y otro, tal vez puede
el impostor convencido,
por el precio de la vida
descubrir mis artificios,
y que recibió aquel pliego
de mí, no de Federico:
matarle antes que suceda
seria el mejor arbitrio,
pero si soy responsable
de su persona, el peligro
quedara en su ser: entonces
penetrará los motivos
de su muerte todo el campo,
y el rayo que determino
dirigir á mi rival
recaerá sobre mí mismo.
Pues no, aconsejemos que huya
Diego, dándole el aviso
de quanto ocurre en su daño,
(que él juzgará beneficio)
antes que logren prenderle;
pues si lo practica, es fixo
que el recurso de su fuga
acreditará el delito,
y en su ausencia me aseguro
de mis parciales y amigos,
para el robo meditado
en que mis dichas afirmo:
yo veré si la fortuna
protege á los atrevidos.

Otra tienda: Salen Margarita y Diego de Avila.

Avil. No, Margarita, no debo
adoptar ya los designios
que me sugirió el valor
de conducirme á distintos
climas, donde acreditase
quán infundados han sido
los desdenes de Alexandro.
Es menester que yo mismo,
en su presencia, averigüe
sus ignorados motivos,
para vindicar mi fama
de calumnias que adivino.
Yo juzgué que su entereza
para mí hubiese nacido
de la condicion mudable,
que casi es comun estilo
de los poderosos; pero
hay sin duda otro motivo,
de otros resortes proceden
los efectos que exâmino,
pues al distribuir la orden,
los camaradas y amigos,
que en mis tareas marciales
enxugaron compasivos
los sudores de mi frente,
hoy afectando desvíos
demostraban que tenian
rubor de alternar conmigo.

La causa ignoro: tal vez
ese monstruo vengativo,
que de las glorias agenas
forma sus propios delitos,
la envidia de mis hazañas
puede calumniarme indigno
de coger su ilustre fruto:
si esto es así, yo no vivo
hasta exâminar á fondo
la inmensidad de este abismo.
Voy á los pies de Alexandro,
mis dudas le patentizo,
le recuerdo mis victorias,
le propongo mis servicios,
y lograré destruir
imposturas de enemigos,
ó elegiré despechado
el mas rigoroso arbitrio.
Marg. Detente. ¿El mas rigoroso?
Yo me estremezco al oirlo.
Imagina que el despecho
jamas nace en un invicto
corazon. Á la fortuna
debe oponer siempre altivo
la constancia el varon fuerte,
y no permitir omiso
que el oprobio le confunda,
ni le contraste el destino:
de la Española nobleza
tengo un retrato en tí mismo,
y aunque Flamenca conozco
la luz de su colorido.
¿Un Español que es en Flandes
generalmente bien visto,
debiera dexar su nombre
en los Paises que han sido,
si contrarios á sus triunfos,
de sus empresas testigos,
con lunar tan injurioso
torpemente envilecido?
Que se acobarde á los golpes
de su infelice destino
el pusilánime inutil;
pero el héroe en los conflictos
debe acreditarse; debe
con serenidad sufrirlos
para vencerlos, que este es
el verdadero heroismo.
Avil. Dices bien; pero el decoro:::
Sale Aibar. Mi Capitan: he sabido:::
Avil. ¿Qué?
Aib. Anda cierto rum rum
por el campo, que si digo
la verdad, me gusta poco:
dicen que hay en nuestro mismo
Tercio un traidor: vive cribas,
que si sé quién es le birlo
el alma. ¿en el Tercio viejo
de Flandes tan denegrido
borron? Aunque fuera el propio
Maestre de Campo, de un chirlo
le enviaba á los infiernos.
Avil. Aibar, ¿no habeis inquirido
en quién recae la sospecha?
Aib. Por eso me desatino:
yo no sé mas del asunto,
ni oí, sino lo que he dicho.
Mas quisiera que dixesen
un pobre Sargento ha herido
aquí á su Xefe, porque
cumplió mal con el servicio,
que no: Aquí ahorcaron á un Xefe,
porque fue traidor é indigno.
Avil. Son sentimientos muy propios
de vuestro valor.
Sale Truch. Amigo,
huye al instante.
Avil. ¿Qué dices?
Truch. Que elijas el pronto asilo
de la fuga: solo él puede
salvarte de tal peligro.
Avil. ¿Pues por qué? ¿Cómo? ¿Qué es (esto?
Truch. Alexandro está instruido
de todo: sabe tus tramas,
tus traiciones y artificios.
Avil. ¿Mis artificios? ¿Qué dices?
¿Mis tramas? cobarde, iniquo:
tú eres capaz de creerme:::
Truch. Yo no te ofendo: he entendido
que Alexandro interceptó
un pliego del enemigo,
á donde te comunica
órdenes, señas y avisos,
en respuesta del que infieren
que tú propio le has escrito.
Avil. ¿Yo?
Truch. Así dicen. Tú contempla
quál quedaria al oirlo

quien vive en tu corazon
en virtud de ser tu amigo.
Marg. ¡ Cielos , qué oigo!
Aib. Señor Truches,
ved lo que decís.
Truch. Yo afirmo
lo que he presenciado.
Avil. Pero
¿cómo?
Truch. Yo no te he creido
capaz de tan baxa idea,
pero sin duda imagino
que Alexandro ha de querer,
para apurar el delito,
asegurar tu persona;
y así huye , pues como el sitio
se escrecha , y para el asalto
se elige el dia vecino,
querrán desembarazarse
primero de este litigio;
y acaso sentenciarán
tu causa sin darte oidos,
porque tu culpa se prueba
por evidentes testigos.
Avil. ¿Testigos?
Truch. Sí , los efectos
y firma de Federico.
Avil. Todo es falsedad, ni pueden
mis méritos adquiridos
padecer igual violencia.
Marg. ¡Ay Cielos! ¿Qué laberinto
es este?
Truch. Sí , con el tiempo;
pero entretanto es preciso
que toleres los rigores
de una prision , ó un suplicio.
Marg. ¡Dios , qué escucho!
Truch. Vos , Madama,
aconsejadle conmigo
que se separe de un riesgo
que ya inevitable miro.
Marg. Sí, esposo , huye, que quedando
tú en libertad, dueño mio,
podrás volver por tu honor
algun dia.
Truch. Advierte, amigo,
que insta el tiempo.
Marg. Huye , que yo
en sabiendo tu destino
seguiré tus pasos.
Truch. Vuela.
Marg. Resuelve.
Truch. No estés remiso.
Marg. Evita el riesgo.
Avil. Callad,
que me avergüenzo de oiros.
¿Yo acreditar con la fuga
esos villanos indicios?
¿Huir yo la muerte ? ¿Yo
que en diferentes conflictos
la he desafiado , habia
para tan debil peligro
de negarla el rostro ahora?
Si conjurase el abismo
contra mí todas sus furias,
las despreciaria invicto
antes que adquirir el nombre
de cobarde y fugitivo.
Huya el traidor , el infame
las resultas de sus vicios,
pero no ocupen temores
á quien no agitan delitos.
Á Diego de Avila nunca
contrario alguno le ha visto
la espalda , el pecho sí , siempre;
del pecho haré sacrificio
al rencor de la fortuna,
y despreciando el aviso
á las plantas de Alexandro
voy á postrarme yo mismo,
donde averigüe imposturas
de mis viles enemigos,
ó donde del rubor muera
primero que del cuchillo.
Marg. Tente , esposo...
Truch. Mira...
Avil. Aparta.
Marg. Con lágrimas te suplico
que huyas el riesgo presente.
Avil. ¡Ay esposa! el riesgo mio
no causa mi pena , solo
tu pesar es mi conflicto.
Marg. Pues huye.
Avil. Es contra mi fama.
Marg. ¡ Oh Cielos ¿Qué es lo que miro?
Salen Juan del Aguila , y Soldados Españoles.
Aguil. Diego de Avila , Alexandro

manda que vengais conmigo.
Entregad la espada.

Avil. Esta es;
vamos.

Marg. ¡Ay esposo mio!
¿á dónde vas?

Avil. Á triunfar
de cautelas y artificios,
ó á morir de desdichado
si es tan cruel mi destino.

Marg. Contigo quiero morir.

Truch. Yo tambien. ¿Quién tan impío
será que de entre tus brazos
me separe?

Avil. Esposa, amigo,
refrenad la pena. Ved
en mi corazon tranquilo
una imagen del candor
sin la mancha del delito,
y hallareis quan infundados
son lágrimas y suspiros.
Vamos, Señor.

Aguil. Venid.

Marg. Antes
que te abandone al suplicio
donde te lleva la envidia
moriré. Si el llanto mio
no os mueve, viertan mi sangre
vuestros furores impíos,
y no me quiteis la vida
en el dueño por quien vivo.

Avil. Disimulad á su pena
el despecho.

Aguil. Reprimíos,
Madama. Yo no debia
ser á tal acto elegido
siendo el reo de otra clase,
mas ya que la suerte quiso
que este precepto me oprima,
perdonad, que he de cumplirlo.

Marg. ¡Oh Cielos ayrados! Cómo
á tal dolor sobrevivo.
se apoya á un lado de la tienda.

Aguil. Venid.

Avil. Truches consoladla;
Aibar, si aun eres mi amigo,
cuida á mi esposa, y á Dios. *se le*

Aib. Señor::: Yo estoy aturdido. (*llevan.*

Truch. Señora, voy á ver donde
le conducen, y al proviso
volveré á daros noticia
de todo lo sucedido.
No voy sino á ver si logro *ap.*
perfeccionar mis designios. *vase.*

Aib. ¡Yo dudo lo que estoy viendo!
¿Quién diablos habrá traido
este demonio de carta?
No, yo tengo de inquirirlo. *vase.*

Marg. ¡Ay Cielos! ¡Ya se le llevan!
Ya qual reo convencido
va entre sus crueles tropas
á morir sin resistirlo;
y yo insensible, ¿qué hago?
¿correspondo á su peligro
justamente dando al ayre
solo inútiles suspiros?
No; yo he de seguir sus pasos:
aguárdate, esposo mio,
que introduciéndome altiva
por los acerados filos,
si no logro defenderte,
lograré morir contigo.
¡Dios! ¡qué imagen tan horrible
viene á turbar mis sentidos!
Me parece que le veo
entre los propios que han sido
testigos de sus victorias,
entre aquellos que le han visto
adornado de trofeos,
de aplausos enriquecido,
dirigirse sin violencia
al inhumano suplicio.
Pálido, y sereno el rostro,
los cabellos esparcidos,
de fúnebres vestiduras
y graves hierros ceñido,
se acerca con lentos pasos
á su terrible destino;
por entre el vasto concurso
me buscan enternecidos
sus ojos, aquellos ojos
que eran la luz de los mios;
me ve, se alienta, y me envia
un á Dios en un suspiro.
¡Ay santos Cielos! ¿Qué veo?
Ya ocupa el horrible sitio
de la muerte y de la infamia,
ya se resigna sumiso,

ya dobla el cuello inocente,
ya aquel mortal mas impío
que las fieras de la Hircania
levanta el fatal cuchillo,
ya la víctima dispone,
ya consuma el sacrificio,
ya vibra el rayo::: Detente,
detente, infame ministro,
y vuelve á mi corazon
todo el furor de esos filos;
muera yo, y viva mi esposo,
ó á mi rencor::: Mas ¿qué digo?
¿morir mi esposo? ¿morir
con el torpe distintivo
que señala á un delinqüente?
No puede ser; es delirio:
huid, imágenes vanas,
que atormentais mis sentidos:
mi esposo es noble, es leal,
y en el corazon concibo
las alegres esperanzas
de que en término sucinto
le he de ver indemnizado
de *los* crueles indicios
que su opinion amancillan,
y oprimen el pecho mio,
correr á mis tiernos brazos,
exâlar dulces suspiros,
enxugar mis tristes ojos,
y disipar mi conflicto;
renaciendo en nuestras almas
placer, gozo y regocijo.

ACTO TERCERO.

Tienda. Alexandro y Mondragon con tropa.

Alex. Esto ha de ser, he resuelto:
Anda, conduce á mi vista
á Diego de Avila. *va un Soldado.*

Mond. En todo
vuestra piedad se acredita.

Alex. No la piedad solamente,
otros motivos inspiran
mis resoluciones. Sé
quanto las tropas estiman (mira.
á ese Capitan Ilustre que delinqüente se
temo si públicamente
su delito se castiga,
como era ley, que en los pechos
de los Soldados se imprima
tal terror que desanime,
ó tumultue sus iras,
conseqüencia muy infausta
para el trance de este dia,
donde valor y obediencia
militar se necesitan
con todo vigor. Quitarle
secretamente la vida,
sin admitir sus descargos
por quanto el tiempo nos insta,
será crueldad exêcrable,
perdonar su alevosía,
y mas quando los indicios
pasan á evidencias fixas,
será un exemplar que aliente
deslealtades atrevidas,
y un culpable exceso digno
de degradar mi justicia.

Mond. Siendo todo de esa suerte,
Señor, yo no sé qué os diga.
Pero aun no llego á creer
su culpa; y si bien se mira,
la carta de Federico
es la que mas le acrimina,
mas siendo bastante astuto, (nosotros
acaso pudo escribirla por sembrar entre
la desunion y ojeriza,
ó tal vez con otros fines.

Alex. ¡Ah! toda duda disipa
el concordar con la carta
las anteriores noticias.

Mond. Son equívocas no obstante.

Alex. Mas la carta las confirma.

Mond. Si las confirma, no en todo,
porque si hablarse podian,
fiar á un papel secretos
que en un descuido peligran,
ademas de ser inutil,
necia precaucion seria.

Alex. ¿Quién sabe hasta donde extiende
sus límites la malicia?
Mas Diego de Avila llega.

Sale Diego, y hace Mondragon despejar los Soldados.

Avil. A vuestras plantas invictas:::

Alex. Levantad. Nunca mis plantas
sufrieron envanecidas,
no digo de un Capitan,
mas de un Soldado, sumisas

hu-

humillaciones; y si ahora
mis brazos no lo acreditan,
será porque huyen leales
de ensalzar á la ignominia,
ú de infectarse al contacto
de una torpe alevosia.
Avil. Señor...
Alex. Mirad esa carta,
y respondedme.
Mond. Su vista
le infunde terror.
Alex. No importa,
los delinqüentes practica n
cierto resorte en sus rostros
que le mueven á medida
de su situacion.
Mond. Para eso
es fuerza que les asista
un corazon habituado
al crimen.
Avil. ¡Qué horror! ¡qué ira! *leyendo.*
instruir yo al enemigo
contra nuestra gente misma,
ser desleal á la patria,
quebrar con tal ignominia
el juramento que á Dios
y al Rey en sus siempre invictas
banderas hice! Bien saben
quantos en ellas militan
si le he cumplido. ¿Qué veo?
mi constancia desanima
á golpe tan impensado;
¡prometer quitar la vida
á un Alexandro Farnese!..
ó traidor papel, cenizas
te hará mi...furor...pues...quando...
yo...mi lealtad...Dios me asista. *cae.*
Alex. ¿Qué es esto?
Mond. Esto es demostrar
quánto comprime y agita
á un corazon generoso
el rubor de la ignominia.
Diego de Avila.
Alex. Dexad
que en su congoja le asista
yo propio; porque su crimen
aunque despierte mis iras,
no adormece mis piedades
en urgencia tan precisa.
¿Diego? *le levantan, y cogen el papel.*
Avil. Si he sido traidor,
Cielos, ¿por qué no fulminan
vuestras esferas sus rayos
contra mí? porque no vibran....
¿Pero qué rayo mas duro?
Alex. Mucho á mi corazon insta
este honrado sentimiento.
Diego de Avila respira.
Avil. ¿Señor, yo entre vuestros brazos?
yo cubierto de la indigna
sombra de una traicion puedo
solo tolerar la vista
de un Alexandro Farnese?
No: ni aun del sol las benignas
luces que pródigo esparce
mereceré mientras viva
con la nota de una infamia.
Alex. En la mayor culpa brilla
la mayor clemencia.
Avil. Veo
la calumnia mas impía
en ese infame papel;
¿mas cómo he de desmentirla
si mi culpable constancia
es quien mejor lo acredita?
Pues si sobrevivo á un golpe
tan duro, evidencia es fixa
que no tengo honor, y quien
no le tiene justifica
contra sí quantos delitos
le acumule la malicia.
Ah honor, por quien tantas veces
á las balas enemigas
expuse desnudo el pecho,
y entre millares de picas,
á tus ya rotos laureles
hice trueque de la vida,
¿dónde estás? ¿cómo la sombra
de la traicion te aniquila,
cómo un debil papel dexa
tus luces obscurecidas,
sin medios de desmentirle,
sin saber qué rumbo elija
para aclarar sus engaños?
Señor, ya mi pecho anima
con mas vigor. Reducidme
á prisiones escondidas,
en cuyo centro á mi propio

me desconozca mi vista,
mientras que de tanta culpa
mi inocencia se indemniza.

Mond. Las piedades de Alexandro
otro efugio os solicitan.

Avil. No, yo no busco piedades,
Señor, yo quiero justicia.

Alex. En mí la encontrareis. Segun
vuestro delito acriminan
las circunstancias presentes
debierais perder la vida
por traidor en un codahalso;
pero mi alma compasiva
al pronunciar tal sentencia
de terror se llenaria;
demas de esto solicito
evitarle la ignominia
al Tercio viejo de Flandes
de que las Naciones digan
que en él pudo haber traidores;
porque si ahora es mal creida
vuestra culpa, en el castigo
despues se confirmaria;
y así saldreis desterrado
de los términos que pisan
nuestros Reales en secreto,
sin que sepa tal noticia
mas que el Capitan que os guarda,
por no despertar la envidia;
vuestro Maestre de Campo
deberá dexar cumplida
mi resolucion. Pudiera
algun tiempo diferirla;
pero tan próxîmo el trance
del asalto, tan precisa
la confusion, tan remotos
los descargos que os exîman,
y tan inútiles ya
las tramas de la perfidia
contra mis triunfantes armas,
necia precaucion seria.
Si en vuestro pecho se nutre
el áspid que solicita
vivificar este escrito,
la ocasion os es propicia.
Id á la Ciudad rebelde,
guardarla contra mis iras,
porque un enemigo mas,
¿qué imposibles multiplica
á mi valor? Mas si aun viven
en vuestra alma las cenizas
del Español heroismo,
si las glorias adquiridas,
si el amor al Soberano,
si el perder con ignominia
para horror de vuestra prole
decoro, grado é insignias
con que á la patria servisteis
en esta ocasion os instan,
volved por vos, y por todos:
sabeis cómo se practican
las acciones generosas;
desmentid viles malicias,
ó morir, que así Alexandro
en igual lance lo haria.

Avil. Pero Señor, ¿cómo puedo
con la fuga desmentirla?
antes bien si algun cobarde
mi opinion desacredita,
viéndome ocultar el rostro
mas calumnias verteria
contra mí, compadeced
mi honor, despreciad mi vida.

Alex. Pues porque le compadezco
á este recurso me incita
mi piedad.

Mond. Una vez libre,
pues en vuestra mano misma
se os pone vuestro destino,
dexad que ladre la envidia
mientras triunfais de la suerte.

Avil. ¿Y vos executariais
lo que aconsejais?

Mond. Adonde
de un modo ú otro peligran
vida y opinion, sin duda.

Avil. Pero en caso que yo elija
ese recurso, mi esposa
triste, infeliz, afligida,
sin saber á qué destino
me conducen mis desdichas,
¿qué hará? ¡oh Dios! ¿qué será de ella?

Mond. Yo me encargo de asistirla,
y en averiguando el rumbo
que elige vuestra osadia
se remitirá a su [illegible],
ó donde guste ella misma.

Avil. Pues bien, Señor, me abandono

á la suerte, y repetidas
veces os beso las plantas
por piedad tan excesiva;
pero permitidme que antes
de mi esposa me despida.
Alex. No, Avila, porque el secreto
acaso peligraria.
Poned freno á una pasion
que aunque inocente y sencilla,
donde la fama se arriesga
parece injusta é indigna.
Mondragon, practicad luego
las providencias que exîja
el éxîto deseado.
Que su fuga no se impida
si por desgracia le encuentran
en el campo las partidas
avanzadas ú otras tropas.
Escuchad vos.
Avil. Mi alma cifra
en vuestra voz mi consuelo.
Alex. ¿Sois noble?
Avil. Bien lo publican
mis obras, aunque hoy parezcan
obscuras y envilecidas.
Alex. ¿Sois Español?
Avil. En Toledo
tuve cuna esclarecida.
Alex. Acreditad uno y otro,
ú no volvais á mi vista,
porque si despues os hallo
con las señas denegridas
de una traicion declarada
y una infame cobardia,
desconoceré en su objeto
la clemencia, y la justicia
obrará desagraviando
mi obligacion y mis iras.
se entra á lo interior de la tienda.
Mond. Vamos, Avila.
Avil. Señor,
¿juzgareis que se indemniza
mi estimacion con la fuga?
Mond. No; mas juzgo que es propicia
para que la indemniceis
estando libre algun dia.
Avil. Pues si es así, yo os prometo conse- (guirlo.
Ya se excita
de nuevo en mi corazon
el ardor marcial que habia
entibiado la calumnia;
Señor, disponed aprisa
de mi libertad. Mi espada,
en tantas lides invicta,
¿cómo me abandona?
Mond. Presto
os será restituida.
Avil. Pues si la veo en mi mano,
tarde volverá á la cinta,
sin que mi nobleza quede
sin borron ó yo sin vida.
Mond. De vuestro valor lo creo.
Avil. Pero mi esposa querida
si sabe mi fuga, y vé
que me aparto de su vista
sin un á Dios de sus labios...
Mond. Yo os he ofrecido asistirla,
¿confiais en mí?
Avil. Confio
en vuestras manos mis dichas.
Mond. Pues vamos, Avila.
Avil. Vamos,
que para postrar la envidia
quanta sangre hay en mis venas
he de verter este dia
por la Religion, el Rey,
la patria y mi opinion misma,
que á tan nobles intereses
corto precio es una vida. *vas.*
Selva corta con una tienda practicable
Sale Truch. Ya vaticina mi pecho,
aquel suspirado instante
de lograr su desahogo;
y mi ofensor inculpable
gime en prision, de quien solo
la muerte podrá librarle.
Del Soldado á quien fié
que á Alexandro le entregase
la carta sellé los labios
con un puñal y su sangre,
porque antes que me le pida,
si la fortuna es mudable,
con huir á mis hermanos
he conseguido una parte
de mi venganza en las penas
que á mi enemigo le abaten,
y del riesgo amenazado
burlo el rigoroso exâmen.

Si ahora una nueva impostura
en Margarita lograse
algun crédito seria
el lauro de mis afanes:
fuera de las avanzadas
prevenidos mis parciales,
si consigo seducirla,
facilitarán el lance.
Pero afligida y confusa
de su misma tienda sale.

Sale Margarita.

Amor, toda tu eloqüencia
inspire á mi labio frases.

Marg. Esto ha de ser, ó terminen
mis dudas ó mis pesares
de una vez, ó la evidencia
mi vida infeliz acabe.
Pero Truches...

Truch. ¿Margarita
dónde vais?

Marg. Voy á postrarme
á las plantas de Alexandro,
voy á implorar sus piedades
en defensa de mi esposo,
y voy adonde me arrastre
mi dolor.

Truch. ¿Quereis hablar
á Alexandro?

Marg. Debo hablarle.

Truch. Alexandro es con las Damas
áspero, duro, intratable.

Marg. Si he de creer al informe
de la fama, es muy distante
del original la copia
que haceis. Dice que es afable,
humano, sabio y cortes,
y quando todo le falte,
en el último atributo
deben mis dichas cifrarse,
porque en siendo justiciero
es inutil lo restante.

Truch. ¿Y en qué justicia fiais
vuestro derecho? Es probable
el crimen de Diego. Así
algun término se hallase
de sincerar su conducta,
pero, ah Señora, no es facil.
Os exponeis á un sonrojo,
sin que consigais librarle,
que nada tuerce el vigor
de las leyes militares.

Marg. Jamas padece sonrojos
una muger de mi clase,
y yo no voy como Dama
por favor á suplicarle
una merced indebida:
yo voy como esposa amante,
no á pedir que á mi marido
me restituya y me salve,
sino que cauto exâmine
de dónde sus culpas nacen,
quién acrimina sus yerros,
y de quién su informe traen,
segura de que en mi esposo
jamas cupo accion infame.

Truch. Tal creo. ¿Pero sabeis
si aprobará ese dictamen
vuestro esposo?

Marg. No presumo
que pueda perjudicarle.

Truch. Sin embrgo, yo quisiera
que vos primero le hablaseis.

Marg. ¿Á mi esposo? ¿Y cómo puedo
si en estrecha prision yace?
¿acaso permitirian
que su dolor aliviase
con mi vista?

Truch. Sí señora,
os previne al separarme
de vos que iba averiguar
su prision ó carcelage,
las supe, y despues mi zelo
consiguió facilitarme
que alguna vez me permitan
el consuelo de que le hable;
valido de esta licencia
me lisonjeo bastante
de que si venis conmigo
lograreis verle y hablarle.

Marg. ¡Qué decís!

Truch. Os lo aseguro.

Marg. Pues vamos, que los instantes
tienen lentitud de siglos
en quien padece pesares
y espera consuelos... ¿Quién
pudiera proporcionarme
tal ventura sino vos?

Truch. Señora, las amistades

se deben acreditar
en sucesos semejantes.
Marg. Bien decis. Dignos de un alma
como la vuestra son tales
sentimientos. Pero vamos.
Truch. Vamos ; no por esta parte,
porque está al paso la tienda
de Alexandro, y si llegase
á presumir nuestro intento
quando nos viese , era dable
que sufriésemos su enojo.
El permiso de que trate
con mi amigo se le debo
á uno de los Capitanes
que está encargado en su guardia,
no á las remisas piedades
que en él imagina el vulgo.
Y hemos de rodear bastante
para evitar que nos vea,
venid donde yo os guiare.
Marg. Guiad por donde quisiereis,
mas conducidme al instante
á la vista de mi esposo.
Truch. Sí haré. Nada os acobarde.
Venció mi ardid si consigo
separarla de los Reales. *ap.*
Venid.
Mar. Tengan á lo menos
este alivio mis pesares. *vanse.*
Sale Aibar. ¿Adónde va esta Señora
con Truches? Vengo á avisarle
de la fuga de su esposo
donde no lo sepa nadie,
que de mi amistad confia
secreto tan importante,
y ya no podrá saberlo
sin que Truches se separe.
No es bueno que me da este hombre
mala espina , el tal danzante
que á Alexandro entregó el pliego
(de que ya pude informarme)
estaba poco ha en su tienda
sin mas tropa que le guarde,
y ya no parece vivo
ni muerto. Es fuerza enterarle
de esto á nuestro General,
por si acaso::: pero antes:::
Mas qué veo : : : Vive Dios
que muy despacio se salen
del acampamento. ¿Dónde
irán? yo quiero acecharles,
porque sé muy bien que Truches
nada de la fuga sabe:::
y me ha dado un pensamiento:::
yo tengo de averiguarle. *v. siguiendol.*
Selva larga con frondosidad de árboles, donde habrá emboscados algunos, que salen á su tiempo. Salen Truches , y Margarita temerosa.
Marg. ¿Dónde me llevais? Estamos
del campamento distantes,
y ya es sobrado extravío
para evitar que nos halle,
segun decís , Alexandro,
donde pueda recelarse
que á ver vamos á mi esposo.
Truch. Allí han de estar mis parciales:
si á favor de la cautela
no puedo lograr el lance,
la violencia me asegura
triunfo tan interesante.
Marg. ¿No hablais? De vuestro silencio
no sé qué infiera.
Truch. Pues nadie
nos oye , escuchad , que ya
es tiempo de declararme,
vuestro esposo no está preso;
yo pude facilitarle
por el soborno la fuga:::
le suministré disfraces
y cartas para que á salvo
conducto en la Plaza entrase,
á donde ya está seguro,
y él me encargó , como sabe
quanto mi amistad es fina,
que en el campo no os dexase,
y os conduxese á sus brazos:
ved si:::
Marg. Permitid que extrañe
tal resolucion.
Truch. ¿Qué habia
de hacer en tan duro trance?
Vamos , Señora , á la Plaza,
que en ella os espera amante
vuestro esposo ya seguro
de españolas impiedades.
Marg. Podré persuadirme::: ¿Y vos
creereis que abran al instante

las puertas á vuestro arbitrio?
Truch. Nada os detenga, ni pare,
que yo sé quanto hacer debo.
Marg. ¿Por qué no me declarasteis
antes de salir del campo
tal novedad?
Truch. Era facil
que de las tiendas vecinas
alguno nos escuchase.
Marg. Sí::: mas::: yo no sé qué asombros
me agitan y me combaten.
En fin, vamos á la Plaza,
pues donde mi esposo se halle,
aunque sea centro de horrores,
centro de felicidades
será para mí, guiad,
que lo que tarde en hablarle
tardo en disipar mis dudas.
Truch. Vamos. ¿Mas quién en alcance
nuestro viene?
Sale Aibar. Vive Christo
que andan ustedes bastante.
Señora, ¿dónde va usted?
Truch. ¿Habrá desdicha mas grave?
¿qué os importa á vos?
Aib. Me importa
mucho, que corre mal ayre
desde la muralla, y puede,
si sopla recio, baldarse.
Truch. Ni es de vuestra cuenta, ni hay
peligro por esta parte,
pues como un brazo del Rhin
sus muros ciñe y combate,
es su natural defensa.
Aib. ¡Jesus que absurdo tan grande!
Qué Rhin, si está eso mas seco
que los ojos de mi padre.
Truch. ¿Y quién sois vos para que
vuestro orgullo se adelante
á pedir satisfacciones?
Aib. Si á usted le parece, nadie;
pero en fin soy un Sargento
del Tercio viejo de Flandes:
tanto como un Oficial
de otro Cuerpo.
Marg. No os propase
la porfia; bien podemos
nuestra empresa declararle
al Señor Aibar, en fe
de sus finas amistades.
Mi esposo está en la Ciudad,
y me espera por instantes:
Truches le libró, y tambien
se ha encargado de llevarme
á sus brazos.
Aib. ¡Qué mentira!
Señora, si fuese dable
que vuestro esposo admitiese
un partido semejante,
desde que puede no tuvo
tiempo para practicarle.
Truch. Yo sé muy bien lo que digo:
aquí ya no ha de ser facil *ap.*
que me valgan las astucias
sin la violencia, y es grave
osadía desmentirme.
Aib. Sería insulto notable.
Señora, el señor no miente,
pero no dice un adarme
de verdad.
Truch. Tanta insolencia
así debe castigarse.
Saca el pañuelo, y hace señas.
Aib. Aquí no nos ve ninguno,
con que para luego es tarde;
¿pero sacais el pañuelo,
y no la espada?
Salen los Soldados de la emboscada.
Truch. Es bastante
instrumento á tu castigo.
Cercan á Margarita, y envisten con Aibar.
Marg. ¿Qué es esto?
Aib. A viles, cobardes.
Truch. Conducidla á la Ciudad,
y á ese insensato matadle.
Marg. ¡Piedad, Cielos!
Truch. No te escuchan
bien, como tú no escuchaste
mis suspiros.
Marg. ¡Ah traidor! *la llevan.*
Aibar.
Aib. Aleves, infames,
soltad la presa. Oh mal hayan
mis pies. *cae, y le cercan.*
Truch. Pronto desarmadle,
y conducidle á la Plaza,
donde su castigo iguale

 al

al de Chacon: abrasado
perezca en llamas voraces.
Aib. Voto á brios, vil tornillero,
que aquí he de despedazarte
con las manos y los dientes:
dexadme libre un instante,
y vereis como le estrello
de un puntapie.
Truch. Sujetadle.
Aib. Perro, si yo vivo, yo
descubriré tus maldades. *se le entr.*
Truch. Ya no importa que se sepan.
Si la Plaza se ganase
por las armas de Alexandro,
entre confusion tan grande
huiré á mi patria seguro
con la causa de mis males;
y si se defiende, en ella
lograré tranquilidades,
porque muerto mi enemigo,
siendo su culpa probable,
y el desengaño imposible,
no hay riesgo que me amenace.
Amor temerario, guia,
guia mis ciegas temeridades. *vas.*

Tienda interior de Alexandro: este y Soldados con Mondragon: caxas y clarines.

Mond. Han recibido las Tropas
las órdenes del asalto
con indecible alegría,
de suerte que me persuado
que inútiles á su brio
los aprestos necesarios,
han de trepar las murallas
tan solo á fuerza de brazo.
Sale Aguil. Señor, al ver Federico
ir las Tropas avanzando,
y que solo á vos se aguarda
en el muro, ha enarbolado
blanca vandera, y envia
un Oficial para hablaros.
Mond. Á buen tiempo: ahora querrá
tratar de ajustes y pactos.
no le escucheis.
Alex. ¿Por qué causa?
El escuchar al contrario
jamas pudo ser nocivo.
Id, conducidle, observando
las precisas ceremonias.

Va con un Oficial y Soldados.

Decidme: habeis visitado
á Margarita, y dispuesto
seguridad y descanso
para ella y su servidumbre?
Mond. Estaba temiendo hablaros
sobre este asunto. En su tienda
no parece ni en el campo.
Alex. ¿Cómo?
Mond. Habrá huido sin duda.
Alex. Con eso ha verificado
los delitos de su esposo:
¿por dónde abriria paso
para su fuga?
Mond. Si estaba
ya entre los dos contratado
antes de su prision, pudo
pasar á la Plaza en salvo,
como algunos que desertan,
de los pocos, que comprados
los trae á la guerra mas
el interes que el aplauso.
Alex. No me arrepiento de haber
mis piedades dispensado
á un traidor que ya no puede
ser temible. Antes aplaudo
que quanto le pertenzeca
se aparte de nuestro campo,
porque ni el yerto cadaver
de un traidor pueda infestarnos.

Salen Aguila y el Capitan Peuchner.

Aguil. El Capitan Peuchner llega
á vuestros pies.
Alex. Sin embargo,
Aguila, poned por obra
mis preceptos. *vase Aguila.*
Peuch. Ya que el hado
quiere que al valor de España
se sujeten los mas arduos
imposibles, Gran Señor,
vengo á proponeros pactos
en nombre de Federico
para rendiros postrados
á la invencible Novesia.
Alex. ¿Pactos en el triste estado
que padece? ¿quando hoy mismo
puedo entrarla espada en mano?
Si viniese á reclamar
pie-

piedades sería caso
mas propio, aunque indigna de ellas;
aun reservan con espanto
en mi oido los lamentos
de Chacon y sus Soldados
entre la terrible hoguera;
está su sangre clamando
venganza al Cielo, y el Cielo
la confia de mi brazo.
¿Juzgais que pueden quedar
sin castigo los estragos
que vuestra crueldad ha hecho
en los villages cercanos,
en las cortas poblaciones,
destruyendo y abrasando?
No, que hay un Dios vengador.
Yo que inútilmente humano
con vosotros os propuse
que os redugerais á pactos
conducentes, no tan solo
sufrí vuestro infame trato;
pero aun desde la muralla
vuestros tiros me insultaron:
bien que la traicion desprecio
y perdono el atentado,
que de enemigo que rueda
nunca se vengó Alexandro.

Mond. Pues nosotros, Gran Señor,
no podemos perdonarlos,
que á nuestro mismo Rey se hizo
en vos aquel desacato.

Peuch. En esa traicion resultan,
Señor, muy pocos culpados,
ni tuvo el Gobernador
noticia de ese fracaso,
porque á la sazon dormia.

Alex. ¿Un General tan exâcto
como Federico pudo
con las armas en la mano
rendirse al sueño?

Mond. Tal vez
padeceria letargo,
quando su peligro y vuestro
poder no le despertaron.

Peuch. Dormia en efecto

Mond. Pues
decidle que ha despertado
tarde.

Peuch. ¿Mas por qué razon?

Mond. Porque ahora duerme Alexandro,
y no puede oir sus ruegos;
pero velan sus Soldados
para castigar traiciones
y conseguir desagravios.

Alex. No obstante, la humanidad
está en mi pecho gritando
en favor de esos rendidos.
El honor de mis aplausos
me acuerda quán triste nombre
imprimieron en sus fastos
muchos crueles guerreros
que sus victorias mancharon
con sangre, siendo mayor
triunfo vencer perdonando.
Cuyo estímulo:::

Mond. Señor,
reflexîonad que no estamos
en tiempo de suspensiones.

Peuch. Señor, duelaos el quebranto
de los infelices. Muchos
hay entre ellos obstinados,
pero infinitos:::

Mond. ¿Lo veis?
Señor, no os lastime tanto
su infelicidad.

Peuch. Se anima
un corazon muy bizarro
en nuestro vencedor para
desatender nuestro llanto.

Mond. Vuestro error le ha ensordecido
tambien, y tambien su brazo
vibra un rayo, cuyo fuego
debe vengar sus agravios.

Peuch. Señor, vivan los rendidos,

Mond. Señor, mueran los malvados.

Peuch. Para que el orbe:::

Mond. La fama:::

Peuch. Por piadoso:::

Mond. Por osado:::

Los 2. Eternice vuestro nombre
en mármoles y alabrastros.

Se oye gran confusion de caxas, clarines, tiros y voces.

Alex. Cesad, ¿qué es esto?

Sale Aguil. Señor,
el exército juzgando
que habia de poder mas
en vuestro pecho gallardo

la compasion, que la ira,
y que habiais de humanaros
al artificioso ruego
de los aleves sitiados,
por vengar vuestras ofensas,
teñiendo para el asalto
las órdenes necesarias,
(porque jamas su conato
de inobediente se culpe)
no quiso proporcionaros
tiempo para revocarlas;
los Españoles osados
ya pisan los altos muros,
y despues los Italianos
por la brecha que abrió el fuego
entran la Ciudad; que entre ambos
furores ya experimenta
su desolacion y estrago.

Alex. ¿Cómo?

Mond. ¿Y nuestros camaradas
han sido los que empezaron
la accion?

Aguil. Su exemplar fue el móvil.

Mond. ¡Ah Españoles! Señor, vamos
á dar vigor á su esfuerzo.

Alex. No dignas del Alexandro
Farnese son nuestras tropas.

Mond. ¿Pues de quál, Señor?

Alex. Del Magno.

Mond. ¿Calle su nombre la fama
y publíque el vuestro el marmol?

Peuch. Señor:::

Alex. Vos en tal peligro
á mi tienda retiraos.

Peuch. Fuerza será obedeceros *vase.*

Alex. Vamos, ilustres Soldados,
al empeño.

Aguil. A la victoria:::

Mond. Al furor:::

Alex. Al desagravio.

Todos. Y las ruinas de Novesia
renueven las de Cartago.

Gran Plaza de Novesia, con varias puertas y balcones practicables; al foro se manifiesta la parte interior del muro, que defiende la guarnicion de la Plaza: á su pesar entran los Españoles, que le asaltan, pero al levantarse el telon ya debe haber en el tablado una y otra tropa en batalla, figurándose ser los primeros que entraron fugitivos los contrarios: se apoderan los Españoles de las casas, las incendian, y arrojan por las ventanas algunos hombres fingidos. Salen mugeres desgreñadas, y llorando, unas con sus hijos en los brazos, y otras de las manos: se postran á los vencedores, que las perdonan, y ellas se van entretanto (porque en tal Scena serian inútiles los versos) suenan incesantemente caxa y clarin, y tiros, arden las casas desplomadas algunas poco á poco, y siempre se oye el ruido de armas dentro. Salen despues Alexandro, Mondragon, Aguila, y Soldados.

Mond. Bueno va esto: vive Dios
que si un poco nos tardamos
es desierto la Ciudad.

Alex. Notable ha sido el estrago;
mas contener es preciso
el furor desordenado
de las tropas.

Mond. No es tan facil
con las armas en la mano:
dexad, Señor, que castiguen
á esos viles Luteranos,
pues segun las precauciones
suyas, lo bien peltrechado
de la Ciudad, y su orgullo
fue un artificio villano
la platica de la entrega
para lograr descuidarnos;
ademas que ellos han hecho
lo mismo con los vasallos
de nuestro Rey. Mueran todos:
no se dé quartel, Soldados.

Alex. Pero exceptúen sus iras
mugeres, niños y ancianos.
Venid, que obra el furor ciego,
Mondragon, en tales casos,
y no quieren que obscurezcan
sus crueldades á mis lauros. *vanse.*

Sale Truch. ¿Por dónde iré? En todas (partes
ruinas y peligros hallo:
la casa en que Margarita
de mi orden se ha aposentado
ya es despojo de las llamas:
si logró ponerse en salvo,

¿quién

¿quién sabe dónde? ¿Seria
la fuga el mas acertado
arbitrio en mi situacion?
Mas cómo puedo, dexando
en esa ingrata mi vida,
y siendo el salir al campo
tan dificil, pues estan
todos los rumbos tomados.
No obstante, si Margarita,
y el Sargento temerario,
pues mandé que le colgasen
de la muralla, han faltado,
aun tiene emienda mi yerro;
pero aquí vuelve Alexandro,
facil será persuadirle
que me encontré en el asalto.
Hagamos del traidor fiel
hasta que se aplaque el hado.

Salen Alexandro, Mondragon y tropa.

Alex. Aun dura la resistencia,
y una mina que volaron,
aunque inutilmente, pudo
embarazarnos el paso.

Tond. Si no hubiera sido por
los Españoles, no entramos
hoy en Novesia; su ruego
fue sin duda doble trato.

Alex. Así lo creo. ¿Mas Truches?

Truch. Señor, si á felicitaros
la victoria conseguida
yo á los demas me adelanto,
mios son los parabienes.

Alex. Yo los recibo y aplaudo,
pues habreis tenido parte
en los trofeos que alcanzo.

Truch. Señor, ¿qué importa un bisoño
entre tantos veteranos?
Yo he cumplido mis deberes.

Alex. Lo creo. ¿Mas qué lejano
rumor se escucha?

Sale Aguila. Señor,
Federico retirado
á una torre se ha hecho fuerte
en ella, y se está asaltando
por vuestras valientes tropas;
pero con peligro tanto,
que el trofeo, aunque se logre,
no resarcirá el estrago.

Alex. Vamos á adquirir el triunfo;
pero qué precipitado
tropel se acerca á nosotros?

Voces. Viva el invicto Alexandro.

Salen Diego de Avila con Federico Cloet, y todas las tropas de ambas partes.

Dieg. Al menos esta ventura
no me ha de usurpar el hado.
A vuestros pies, Señor:::

Alex. ¿Diego?

Dieg. La fatiga y el cansancio,
mas que la falta de sangre,
niega el aliento á los labios.

Truch. ¿Qué veo?

Alex. Respirad::: ¿No eres
tú, Federico, el vasallo
rebelde al Elector?

Fed. Soy
quien padece los extraños
accidentes de la guerra,
sin que hayan en mí faltado
ni la modestia á los triunfos,
ni el valor á los estragos.

Alex. No es particular caracter
tuyo el que vienes pintando.
Diego de Avila, decid:
¿cómo habeis afianzado
mi victoria?

Dieg. Sí haré, pero
antes un favor aguardo
de vos.

Alex. Yo os lo ofrezco.

Dieg. Pues
asegurad á ese ingrato.

Alex. ¿Á quién?

Dieg. ¿A Truches?

Truch. ¿Qué dices?
Á tu amigo, ¿por qué ó quándo
te he merecido esa injuria?

Dieg. Calla traidor, calla falso,
calumniador, alevoso.
Invicto Señor, logrando
la libertad que me disteis,
me introduxe en el asalto.
Confundido entre el tumulto
de los Tercios Italianos,
entrada la Ciudad, llena
de horrores, terror, y espanto,
Yo en fin, como á quien la vida

ya le sirve de embarazo,
á la accion mas temeraria
me arrojé determinado,
á casa de Federico
dirigí el ligero paso,
y conducido á la sala
principal de su despacho,
mientras que de sus riquezas
otros se estaban saciando,
yo en registrar sus papeles
puse todo mi conato,
y aunque á pesar de la prisa,
ví los que son necesarios
á mi intento. Estos, Señor,
son los documentos claros
de mi inocencia. Estos son
de Truches los viles tratos,
ved aquí sus firmas, ved,
cómo habia concertado
mi ruina con Federico.
Leedlos, y sabed en tanto
que tambien la casa fuerte
donde se hubo retirado,
cedió al Español orgullo
y su persona á mi brazo,
porque á vuestros pies publique
mas que mi arrojo su labio,
que en Diego de Avila nunca
la traicion se abriga: quando
doy á mi Rey un trofeo,
rindo á mi patria un aplauso,
cedo á vuestra fama un timbre
y acrisolo un desengaño,
para morir inocente,
no para vivir vengado.

Alex. Todo como decís consta
de estos pliegos.

Truch. Señor...

Alex. Aquí hallo
ser vos quien con Federico
mantuvo los viles tratos,
y que de acuerdo con vos
escribió el papel villano
que á Diego de Avila culpa.
Como injusto, como ingrato:::

Tuch. Señor:::

Alex. ¿Y vos, Federico,
por qué habeis apadrinado
tal traicion?

Fed. Jamas
á mis enemigos satisfago
sino con la espada, y pues
me imposibilita el caso
tan digna satisfaccion,
dame muerte, que la aguardo
con impaciencia, y no esperes
mas palabra de mis labios.

Alex. Los Españoles aceros
jamas, Cloet, se mancharon
en la sangre del rendido;
demas que no eres vasallo
de mi Rey; el tuyo debe
disponer de tí: llevadlo
á donde quede en custodia:::

Fed. ¿Para qué, Cielos airados,
guardais mi vida? *vase.*

Truch. Señor,
si en vuestro pecho bizarro
la piedad::: yo si, mi exceso:::

Sale Aibar con la espada desnunda y Margarita de la mano.

Aib. Mi General, acá estamos
todos.

Alex. Margarita, ¿vos
en la Plaza?

Marg. Mis quebrantos
á vuestros pies solamente:::
¿Mas qué veo? Esposo amado.

Aib. Bien mio, pues como:::

Truch. Aquí
echó mi desdicha el fallo: *ap.*
si lograré huir:::

Mond. Teneos,
y si podeis disculpar os.

Alex. Decid qué es esto.

Aib. Esto es
que habiéndonos asaltado
por orden del señor Truches
sus sequaces, nos llevaron
á la Plaza prisioneros,
y que al terror y al espanto
del inopinado ataque,
quando estaban meditando
á qué prision conducirme,
mis guardias se descuidaron
conmigo; pude valerme
de desarmar á un Soldado,
con que les quité las dudas,

aquí hiriendo, allí matando,
hasta llegar á la casa
donde se hubo aposentado
de orden del Gobernador
Margarita, y sin embargo
de que las voraces llamas
cerraban todos los pasos,
pude llegar á su vista,
conduciéndola en mis brazos
despues á vuestra presencia,
libre, gozoso y ufano.

Avil. ¿Quién, si no vos, fino amigo,
tal hecho hubiera intentado
por mí?

Alex. Este segundo lance
acredita tu falsario
proceder, aleve Truches.

Truch. Señor, un desordenado
amor, una queja:::

Alex. No es
tiempo de oir tus descargos:
llevadle á una prision: Peuchener
le acompañe, y el Soldado
que traxo la carta infame,
para que en un vil cadahalso
satisfagan sus traiciones.

Avil. Yo remito mis agravios,
Gran Señor.

Alex. Tambien mi pecho
remitiera los privados,
pero no los generales:
¿en qué os deteneis? llevadlo.

Truch. ¡Ah fatal suerte! yo mismo
sobre mí dirigí el rayo. *le llevan.*

Alex. Y vos, Capitan ilustre,
recibid entre mis brazos
mil alegres parabienes:
tambien los vuestros aguardo,
Aibar. Sabrá el Gran Felipe
vuestro proceder bizarro,
porque premie una amistad
digna del bronce y el marmol.

Aib. La amistad ella se premia
por sí misma en igual caso.

Avil. Vuestra piedad satisface
todas mis penas.

Mend. Colmados
serán hoy los regocijos.

Marg. Dulce fin de afanes tantos.

Alex. Y dando gracias al Cielo
por el triunfo que logramos,
aclame una salva el nombre
Augusto del Soberano.

Todos. Mientras al noble concurso
pedimos perdon postrados.

Se hallará en la Librería de Castillo, frente las gradas de San Felipe el Real; en la de Cerro, calle de Cedaceros; en su puesto, calle de Alcalá; y en el del Diario, frente Santo Tomas: su precio dos reales sueltas, y en tomos en pasta á 20. cada uno, en pergamino á 16, y á la rústica á 15, y por docenas con mayor equidad.

Donde esta se hallarán las siguientes.

Las Víctimas del Amor.
Federico II, primera, segunda y tercera parte.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo Felíz.
La Hidalguia de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Luis XIV. el Grande.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Carlos V. sobre Dura.
De dos Enemigos hace el amor dos amigos.
El Premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon, ó la Muger prudente.
Hernan Cortes en Tabasco.
Por ser leal y ser noble dar puñal contra su sangre.
La Justina.
Acaso, astucia y valor vencen tirania y rigor, y triunfos de la lealtad.
Los tres Mellizos.

Ara-

Aragon restaurado por el valor de sus hijos.
Quien oye la voz del Cielo convierte el castigo en premio, ó la Camila.
La Virtud premiada, ó el verdadero buen Hijo.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Amor perseguido, y la Virtud triunfante. Con un Saynete intitulado las Besugueras.
El Sol de España en su oriente, y Toledano Moyses.
Caprichos de amor y zelos.
Mas sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la agena y natural Vizcaíno.
El mas Heroyco Español, lustre de la antigüedad.
Jerusalen conquistada por Gofredo de Bullon.
Defensa de Barcelona por la mas fuerte Amazona.
El Hidalgo tramposo.
Orestes en Sciro, Tragedia.
La desgraciada hermosura, ó Doña Ines de Castro, Tragedia.
El Alba y el Sol.
De un Acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
Juego completo de diversion casera para Navidad y Carnestolendas; Tragicomedia, la Virtud aun entre Persas, lauros y honores grangea, con Loas y Saynetes.
El Tirano de Lombardía.
Cómo ha de ser la amistad.
La buena Esposa. Drama heroyco en un acto.
El Feliz encuentro.
La Viuda generosa.
Munuza. Tragedia en cinco actos.
El Buen Hijo.
La Buena Madrastra.
Ademas hay un gran surtido de otras varias, saynetes y entremeses.

FIN.